

STEPHEN LEACOCK

Un verano en Mariposa  
Escenas entrañables de un pueblo

Traducción de Tamara Gil Somoza

DIEZ

LAS GRANDES ELECCIONES DEL CONDADO DE MISSINABA

NO ME PREGUNTE DE QUÉ ELECCIONES SE TRATABA, SI DE LAS nacionales, las provinciales, las imperiales o las universales, porque no lo tengo muy claro.

Desde luego, debió de ser algo que también sucedió en otras partes del país, pero yo lo vi todo desde el condado de Missinaba, que, como no podía ser menos, junto con el municipio de Mariposa constituyó el ojo del huracán y el verdadero centro de toda la agitación.

Solo sé que eran unos comicios importantes y que giraban en torno a asuntos de la mayor relevancia, como, por ejemplo, si Mariposa debía pasar a formar parte de Estados Unidos, o si se permitiría que los cascos del invasor extranjero pisotearan la bandera que llevaba diez siglos ondeando sobre el colegio de Tecumseh, o si los británicos debían ser esclavos, o los canadienses británicos, o si la clase agricultora demostraría ser canadiense, y otros asuntos de tan tremendo calibre.

Y fue tal el tumulto y la exaltación que ocasionaron estos comicios, y tantas las banderas que ondearon, y los tambores que repicaron, y las antorchas que ardiéron, que a su lado los procesos electorales de fuera del

condado de Missinaba seguramente carecieron de importancia y no merecen que se los tenga en cuenta.

Ahora que todo ha pasado, podemos volver la vista atrás y contemplarlo sin acaloramientos ni pasiones. Vemos con total claridad que en las grandes elecciones Canadá salvó al Imperio británico y Missinaba salvó a Canadá y la tercera concesión del municipio de Tecumseh salvó al condado de Missinaba y quienes estábamos en la tercera concesión... Bueno, no hay necesidad de ir más allá. Preferimos ser modestos al respecto. Si hablamos de ello, es siempre con sencillez y tranquilidad, y no más de tres o cuatro veces al día.

224

Pero en ningún caso podrá usted hacerse una idea de lo que fueron las elecciones, y las convenciones y las campañas y las candidaturas y las votaciones, sin antes conocer la peculiar naturaleza de la política en Mariposa.

Empecemos por el principio. En Mariposa todo el mundo es o liberal o conservador, o bien ambas cosas. Algunos son o han sido liberales o conservadores de toda la vida, y a esos se los llama liberales de pura cepa o conservadores de casta o cosas por el estilo. Con el tiempo, estas personas han adquirido un conocimiento tan ágil y penetrante de los asuntos nacionales que pueden decidir sobre los temas más complicados en cuestión de segundos: de hecho, nada más recibir los periódicos de la ciudad con el correo de la mañana, ya tienen solución para cualquier problema que se les pueda plantear. Hay otros que pretenden ser sensatos y abiertos de miras, y por ello votan a los liberales o a los conservadores de acuerdo con los juicios que se forman sobre los asuntos del momento. Si sus juicios les dictan que pueden ganar algo votando a los liberales, los votan. Pero, en

caso contrario, se niegan a ser esclavos de un partido o esbirros de un líder político. Conque quien vaya en busca de esbirros, mejor que no se acerque a ellos.

Pero lo que a nadie se le permite en Mariposa es no tener opiniones políticas. Está claro que siempre hay algunas personas que por sus circunstancias se ven obligadas a decir que no las tienen. Pero eso se comprende fácilmente. Fíjese, por ejemplo, en el caso de Trelawney, el jefe de la oficina de Correos. Hace mucho, con el antiguo Gobierno de Mackenzie, fue cartero, y más adelante, durante el antiguo Gobierno de Macdonald, trabajó como clasificador de cartas, y después fue sellador con el antiguo Gobierno de Tupper, y así sucesivamente. Trelawney siempre dice que no tiene opiniones políticas, pero lo cierto es que tiene demasiadas.

225

Lo mismo ocurre con el clero de Mariposa. Carece por completo de tendencias políticas. Pese a todo, en época electoral siempre hay alguno de los sermones del reverendo Drone que se titula algo así como «Pero ¿es que no hay ningún hombre justo en Israel?» o «¡Pero bueno! ¿Acaso no ha llegado el momento de cambiar?». Lo cual constituye una señal para que todos los empresarios liberales se levanten de los bancos y se vayan.

En la Iglesia Presbiteriana ocurre algo similar: el pastor asegura que su sagrada vocación no le permite meterse en asuntos políticos y que su sagrada vocación le prohíbe pronunciar aunque solo sea una palabra áspera hacia sus prójimos, pero que, cuando se habla de elevar al impío a los puestos más elevados de la nación (esto se refiere, por supuesto, a la candidatura conservadora), no piensa permitir que su sagrada vocación le impida decir lo que opina. Y acto seguido, una vez que

ha conseguido que se vayan los conservadores que había en la iglesia, procede a demostrar, basándose en las Escrituras, que todos los antiguos hebreos, sin excepción, eran liberales, salvo los que se ahogaron en el Diluvio Universal o los que perecieron, más o menos mercedamente, en el desierto.

226 Hay, como decía, algunas personas a las que se les permite afirmar que carecen de opiniones políticas: a los funcionarios, al clero, a los profesores y a los hosteleros. Pero, aparte de ellos, en Mariposa a cualquiera que asegure no tener ninguna tendencia política se lo considera deshonesto, y la gente se pregunta qué será lo que pretende conseguir.

En realidad, el pueblo entero es un enjambre de políticos, y quien haya presenciado las reuniones de la Cámara de los Comunes en Westminster o las del Senado en Washington, pero no haya visto una convención del Partido Conservador en Tecumseh Corners o una concentración de los liberales en la escuela municipal, no sabe lo que es la política.

Así pues, podrá imaginarse el revuelo que se levantó en Mariposa cuando se supo que el rey Jorge había disuelto el Parlamento de Canadá y había pronunciado un mandato real para que el condado de Missinaba eligiese en su nombre a alguien que no fuera John Henry Bagshaw, porque ya no confiaba en él.

El rey, naturalmente, es una persona muy conocida, y además tiene muy buena fama en Mariposa. Todo el mundo recuerda la visita que hizo al pueblo durante su viaje por Canadá, cuando paró en la estación de Mariposa. Aunque por entonces solo era príncipe, en la estación se congregó una gran multitud y todos pensaron

que era una pena que el príncipe no tuviese tiempo para conocer un poco más el pueblo, porque si solo veía la estación y los almacenes de madera iba a llevarse una idea equivocada. A pesar de ello, el pueblo entero fue a la estación, y liberales y conservadores se mezclaron de buen grado y estuvieron codo con codo sin distinción alguna, para que el príncipe no notara diferencias de partido entre ellos. Y no las notó, bien se veía que no las notó. Le leyeron un discurso sobre la paz y la lealtad al Imperio, y evitaron conscientemente hacer referencia a los problemas en el embarcadero del pueblo o a las rencillas que había ocasionado la nueva ubicación de la oficina de Correos. El digno sentimiento general era que no resultaría justo molestar al príncipe con esos asuntos: más adelante, cuando fuese rey, naturalmente tendría que estar al corriente de ellos, pero entretanto era preferible que se fuese con la idea de que su Imperio estaba en paz.

227

Por eso, deliberadamente formularon el discurso en términos tan tranquilizadores como pudieron y el príncipe quedó encantado con él. Estoy convencido de que después de escucharlo no tuvo problemas para conciliar el sueño. ¡Si se veía que ya iba surtiendo ese efecto en sus ayudantes de campo y en la gente que lo rodeaba, imagínese cómo se sentiría el príncipe!

Creo que en Mariposa comprenden a los reyes de maravilla. Siempre que viene un rey o un príncipe, tratan de hacerle ver el lado bueno de todo e intentan que piense que están todos unidos. El juez Pepperleigh caminó arriba y abajo del brazo del doctor Gallagher, el peor liberal del pueblo, solo para que el príncipe no se sintiera mal.

De modo que, cuando recibieron la noticia de que el rey le había retirado su confianza a John Henry Bagshaw, por entonces diputado, ni se les ocurrió cuestionar esa decisión. ¿Que ya no confiaba en él? Muy bien, pues le elegirían a otra persona ipso facto. Y hasta media docena si hacía falta. Si les daba igual: preferían tener que elegir a todos los habitantes del pueblo, uno tras otro, antes que dejar al rey preocupado por el asunto.

En cualquier caso, todos los conservadores llevaban años preguntándose cómo era que el rey y el gobernador general y hombres por el estilo habían tolerado tanto tiempo a alguien como Bagshaw.

El condado de Missinaba, como ya he dicho, es un verdadero enjambre de políticos, y no de esos políticos miserables, deshonestos e interesados que hay en las ciudades, sino del tipo recto y verdaderamente chapado a la antigua que se da, y a mucha honra, en el campo. Cualquier hombre que acepte un soborno o que venda sus convicciones por dinero será objeto de escarnio. No digo que no coja el dinero —claro que sí, ¿por qué no iba a hacerlo?—, pero, de ser así, lo hará de forma franca y sin miedos, y no mencionará más el asunto. Alguien podría —es humano— aceptar un puesto o un contrato del Gobierno, pero, de hacerlo, tenga por descontado que sería con verdadero espíritu nacional y no por el puesto en sí. No, señor. Ni por asomo.

Quien aspire a conseguir los votos de los granjeros de Missinaba y de los empresarios de Mariposa tiene que convencerlos de que es el hombre idóneo. Si consigue hacerlo, si consigue convencer a cualquiera de ellos de que es el hombre idóneo y los demás lo saben, lo votarán.



La brecha, insisto, entre liberales y conservadores es grande. Sin embargo, se puede vivir mucho tiempo en el pueblo, entre elecciones, sin darse cuenta de ello. Solo cuando se llega a comprender a sus gentes empieza a verse que hay entre ellos una línea divisoria que nunca nada podrá eliminar. Poco a poco uno va dándose cuenta de las sutiles distinciones que escapan a una primera observación. En apariencia, todos se llevan muy bien. Por ejemplo, Joe Milligan, el dentista, es conservador desde hace seis años y, sin embargo, comparte el cobertizo donde guardan las barcas con el joven doctor Gallagher, que es liberal, e incluso se compraron una lancha motora a medias. Pete Glover y Alf McNichol, por su parte, se asociaron para montar la ferretería y la tienda de pinturas a pesar de pertenecer a distintos bandos.

229

Pero, en cuanto se aproximaban las elecciones, las diferencias políticas se hacían perfectamente visibles. Liberales y conservadores se apartaban los unos de los otros. Joe Milligan usaba la lancha motora un sábado y el doctor Gallagher el siguiente, y Pete Glover vendía artículos de ferretería en un lado de la tienda mientras que Alf McNichol vendía pinturas en el otro. Además, enseguida se notaba que uno de los periódicos era conservador y el otro liberal, que había una botica conservadora y otra liberal, y así sucesivamente. Del mismo modo, al acercarse la época de elecciones, el Casa Mariposa era el hotel liberal y el Continental el conservador, aunque el establecimiento del señor Smith, donde siempre contrataban por esas fechas a un par de camareros suplementarios, era lo que se podría llamar independiente-liberal-conservador con un toque de imperialista. El señor Gingham, el dueño de la funeraria, era, como

consecuencia natural de su profesión, un liberal progresista, pero en época de elecciones siempre contrataba a un ayudante especial para embalsamar a los clientes conservadores.

De modo que ahora, creo yo, ya comprende un poco el ambiente político general que rodeó a las grandes elecciones del condado de Missinaba.

John Henry Bagshaw, liberal, era el diputado electo por el condado de Missinaba.

230 Los liberales lo llamaban el viejo caballo de batalla, el viejo guerrero, el viejo corcel, el viejo campeón y cosas por el estilo. Los conservadores lo llamaban el viejo asno, la vieja mula de carga, el viejo borrachín, el viejo chanchullero y el viejo sinvergüenza.

John Henry Bagshaw era, supongo, una de las mayores fuerzas políticas del mundo. Tenía una abundante cabellera blanca, que coronaba un sombrero de fieltro, y un suave rostro de estadista por cuyo afeitado el país pagaba veinticinco centavos diarios.

Bagshaw llevaba un abrigo largo de político cuyo cepillado costaba al país veinte centavos diarios y unas botas cuya limpieza costaba al Dominio de Canadá quince centavos diarios.

Pero era dinero bien empleado.

Bagshaw, de Mariposa, era uno de los hombres más representativos del momento y no es de extrañar que hubiese sido reelegido cinco veces consecutivas, dejando a los conservadores sin opciones. Muy representativo, sí: poseía ochenta hectáreas en la tercera concesión y siempre tenía a dos hombres trabajando sus tierras para demostrar que era un agricultor de verdad. Todos los otoños enviaba cerdos bien cebados a la Feria Agrícola

del condado de Missinaba y a la Feria Mundial, y se plantaba en persona detrás de las porquerizas con los jueces, y se ponía pantalones anchos de pana y se pasaba toda la tarde mordisqueando una pajita. Después de esto, si algún granjero pensaba que no estaba bien representado en el Parlamento, es que era un imbécil.

Bagshaw era dueño de la mitad del negocio de arneses y de la cuarta parte de la curtiduría, lo que lo convertía en empresario. Tenía un banco alquilado en la iglesia presbiteriana, con lo que la religión quedaba representada en el Parlamento. Treinta años atrás había estudiado dos cursos en la universidad, lo cual lo hacía representante de la educación, al tiempo que lo mantenía al tanto de la ciencia moderna, si no por delante de ella. Era titular de una cuenta pequeña en uno de los bancos y de una grande en el otro, de modo que era a la vez un hombre rico y un hombre pobre.

A todo esto hay que añadirle que John Henry Bagshaw era tal vez el mejor orador de Mariposa. Lo cual, naturalmente, es mucho decir. En Mariposa hay un gran número de oradores capaces de hablar dos o tres horas seguidas, pero el viejo caballo de batalla se los llevaba a todos de calle. Dicen que, cuando John Henry Bagshaw entraba en calor, es decir, cuando llevaba un par de horas hablando, por ejemplo, peroraba como jamás habrían podido hacerlo Pericles, Demóstenes o Cicerón.

Se veía a la legua que Bagshaw era miembro de la Cámara de los Comunes. Vestía un traje moteado en blanco y negro para mostrar que provenía de una zona rural, pero además llevaba una gruesa cadena de oro para el reloj, con sellos colgando, a fin de hacer ver que también representaba a un pueblo importante. Del sobrio cuello

redondo y la corbata blanca se desprendía que su electorado estaba constituido por gente religiosa y temerosa de Dios, mientras que el broche en forma de herradura que lucía mostraba que, por otra parte, sus votantes no carecían de inclinaciones deportivas y que eran capaces de distinguir un caballo de un asno.

232

La mayor parte del tiempo, John Henry Bagshaw tenía que estar en Ottawa (aunque prefería el sosiego de su granja y, según decía, siempre la abandonaba entre suspiros). Cuando no estaba en Ottawa era porque había ido a Washington y, claro está, en cualquier momento podían necesitarlo en Londres, conque no era de extrañar que solo pudiese pasar en Mariposa alrededor de dos meses al año.

Por eso, cuando Bagshaw se bajó del tren de la tarde un día de principios de primavera, todo el mundo supo que seguramente iba a suceder algo muy importante y que los rumores sobre unas nuevas elecciones debían de ser absolutamente ciertos.

Todo lo que hacía apuntaba en esa dirección. Le dio al mozo de estación veinticinco centavos para que le cogiese el baúl, entregó al conductor del ómnibus cincuenta centavos para que lo llevase a la calle Mayor, entró en el estanco de Callahan, compró dos cigarros puros de diez centavos y cruzó con ellos la calle con intención de dárselos a Mallory Tompkins, del *Times-Herald*, como obsequio del Primer Ministro.

Bagshaw se pasó aquella tarde de aquí para allá por la calle Mayor y se notaba, para quien supiera reconocer las señales, que la política flotaba en el ambiente. Compró clavos, masilla y cristal en la ferretería y arneses en la tienda de arneses y medicinas en la botica y ju-

guetes en la juguetería y todas esas cosas que se necesitan para una gran campaña.

Luego, una vez que hubo hecho todo esto, se fue con McGinnis, el representante del Partido Liberal, y Mallory Tompkins, del *Times-Herald*, y Gingham (el gran dueño de la funeraria liberal-independiente) al reservado del Casa Mariposa.

Por la forma en que cerró la puerta antes de sentarse se veía que había bastante gravedad en su ánimo.

—Señores —dijo—, es seguro que habrá elecciones. Vamos a tener que luchar con uñas y dientes, y hay que prepararse.

—¿Van a girar en torno a los aranceles? —preguntó Tompkins.

—Sí, señores, me temo que así es. Todo el asunto girará en torno al tema de los aranceles. Ojalá fuera de otro modo. A mí me parece una locura, pero están empeñados y tenemos que luchar en esa línea. Es que no pueden hacer campaña solo con el tema de la corrupción —continuó el viejo caballo de batalla mientras se levantaba de su asiento y se ponía a caminar arriba y abajo—. Solo el cielo sabe lo que ocurrirá. Yo se lo advertí. Les rogué. Les dije: «Si basamos la campaña en la corrupción, podemos ganar sin problemas». Por ejemplo, en esta circunscripción, ¿no podríamos enfrentarnos a ellos con el tema de si he gastado demasiado dinero en el embarcadero del pueblo o en la oficina de Correos? ¿Qué mejores asuntos se pueden desear? Que digan que soy deshonesto, que ya me encargaré yo de afirmar lo contrario. Desde luego, eso habría sido mucho mejor que meter la cuestión de los aranceles. Pero ahora, señores, cuéntenme cómo van

las cosas por la circunscripción. ¿Ya se habla de quién va a presentarse?

Mallory Tompkins encendió el segundo de los puros del Primer Ministro y luego contestó en nombre del grupo.

—Todo el mundo dice que va a presentarse Edward Drone.

—¡Ah! —dijo el viejo caballo de batalla, y su cara reflejaba satisfacción—. ¿Ese? ¡Por fin! Eso está muy bien, eso está muy bien. ¿Y con qué plataforma se presenta?

—Independiente.

—Excelente —dijo el señor Bagshaw—. Independiente, eso es estupendo. ¿Y en qué se basa su programa?

—Sencillamente en la honestidad y en la moralidad pública.

—¡Pero bueno! —dijo el diputado—. Eso es espléndido: nos será de gran ayuda. ¡Honestidad y moralidad pública! ¡Nada menos! Si se presenta Drone y hace un buen papel, ganamos seguro. Tompkins, no debe perder el tiempo con esto. ¿No puede conseguir que en otros periódicos publiquen artículos que insinúen que en las últimas elecciones sobornamos a todos los votantes del condado y que concedimos tantos contratos que llegamos a pervertir la circunscripción entera? Que dejen caer que metimos dinero a raudales en este condado y que sin duda volveremos a hacerlo. Si Drone tiene abundante material de este tipo, conseguirá todos los votos honestos e imparciales del Partido Conservador.

»Mi único temor —prosiguió el viejo caballo de batalla, algo menos animado— es que al final no se presente Drone. Ya lo ha dicho infinidad de veces y en última

instancia nunca lo hace. Le falta el dinero. Pero ya arreglaremos eso. Gingham, usted conoce bien a su hermano; meta mano para que podamos pagarle el depósito y los gastos de campaña. Pero ¡qué propio de Drone es presentarse justo ahora!

Era, en efecto, muy propio de Drone proponerse algo tan descabellado como presentarse a las elecciones como candidato independiente por el condado de Misinaba con un programa basado en la honestidad pública. Exactamente el tipo de cosa que cualquier habitante de Mariposa se esperaba de él.

235

Edward Drone era el hermano menor del presbítero; años atrás, la gente lo llamaba el joven señor Drone, para distinguirlo del párroco. En cierto modo, era como una copia más débil de su hermano mayor, con un rostro corriente e inexpresivo y ojos amables y azules. Edward Drone era y siempre había sido un fracasado. Mucho tiempo atrás, había estudiado para ser ingeniero y había construido presas que se rompían y puentes que se caían y embarcaderos que las inundaciones de la primavera se llevaban por delante. Había fracasado como fabricante, había fracasado como constructor y por aquella época se ganaba la vida precariamente trabajando de algo así como agrimensor o experto en topografía o en Dios sabe qué.

En cuanto a su ideario político, como todo el mundo sabía en Mariposa, Edward Drone estaba y siempre había estado loco. Muchas veces aparecía en las ceremonias de otoño del instituto y se ponía a dar discursos sobre los antiguos romanos y Tito Manlio y Quinto Curcio al mismo tiempo que John Henry Bagshaw daba un discurso sobre la Hoja de Arce y pedía medio día de

fiesta. Drone hablaba a los alumnos de las lecciones que hay que extraer de las vidas de los hombres verdaderamente grandes, mientras que Bagshaw les hablaba de las lecciones que nos proporcionan las vidas de los extremadamente ricos. Drone decía que se le henchía el corazón de gozo cuando pensaba en el magnífico patriotismo de los antiguos romanos, mientras Bagshaw decía que siempre que contemplaba este vasto Dominio la alegría inundaba su corazón.

236 Hasta el alumno más joven del instituto sabía que Drone era un necio. Ni siquiera los profesores lo habrían votado.

—¿Y los conservadores? —preguntó entonces Bagshaw—. ¿Ya se habla de a quién van a presentar?

Gingham y Mallory Tompkins se miraron. Casi les daba miedo hablar.

—¿No se ha enterado? —dijo Gingham—. Ya tienen a un hombre.

—¿Quién es? —preguntó al punto Bagshaw.

—Van a presentar a Josh Smith.

—¡Dios mío! —exclamó Bagshaw, poniéndose en pie de un salto—. ¡Smith, el hostelero!

—Sí, señor —dijo Gingham—, el mismo.

¿Recuerda el momento histórico en que Napoleón se quedó lívido al saber que el duque de Wellington iba a liderar a los aliados en Bélgica? ¿Recuerda que, cuando Temístocles supo que Aristogitón iba a liderar a los espartanos, se lanzó al mar? Puede que no, pero desde luego podría serle de ayuda para hacerse una idea de lo que sintió John Henry Bagshaw cuando oyó que los conservadores habían escogido a Josh Smith, propietario del hotel de Smith.



Se acordará de Smith. Lo habrá visto en las escaleras de su hotel: ciento veintisiete kilos sobre unos pies hundidos en medias. Lo habrá visto vender alcohol fuera del horario permitido por mor del espíritu público, también recordará que salvó la vida de cientos de personas el día en que se hundió el vapor y que preservó el pueblo de la destrucción la noche en que ardió la iglesia de la Iglesia Anglicana. También conocerá su hotel, que está en medio de la calle Mayor, el Centro Norteño de Reposo Smith, aunque por entonces empezaron a llamarlo Hotel de las Armas Británicas de Smith.

237

Así pues, comprenderá por qué Bagshaw se puso tan pálido como puede llegar a ponerse un hombre metido en la política federal.

—No sabía que Smith fuera conservador —dijo débilmente—, siempre da dinero para nuestra fundación.

—Ahora es conservador —dijo el señor Gingham en tono lúgubre—, dice que todo ese asunto de la reciprocidad le parte el corazón.

—¡Mentiroso del demonio! —exclamó el señor Bagshaw.

Se hizo el silencio durante algunos instantes. Luego Bagshaw volvió a hablar.

—¿Hay algo en el programa de Smith, aparte de la cuestión comercial?

—Sí —dijo el señor Gingham con aflicción—, sí que hay algo.

—¿Qué es?

—¡La prohibición total del consumo de alcohol!

John Henry Bagshaw volvió a hundirse en la silla como si le hubieran dado un golpe con un garrote. Permítame dejarlo estar por este capítulo.